Asignatura Historia de la filosofía antigua y medieval. Título El argumento ontológico. Número AM015. Autor José Antonio Freijo Calzada. Día de grabación 7 de marzo del 80. Día de emisión 18 de marzo del 80. Duración 15 minutos. Entre los argumentos que pretenden demostrar racionalmente la existencia de Dios, tiene especial relieve a lo largo de la historia de la filosofía el argumento ontológico, formulado por vez primera por Anselmo de la Paz.

a Osta en la segunda mitad del siglo XI. Es cierto que las reflexiones y debates más importantes en torno a esta prueba tienen lugar en la edad moderna, con el racionalismo y el cantismo principalmente, pero la inspiración que le da San Anselmo está de algún modo presente en todas las reflexiones posteriores y es imposible hablar del argumento ontológico sin enmarcarlo en la filosofía de este gran pensador medieval. Si queremos rastrear el origen de la argumentación tenemos que hacer una breve referencia al panorama filosófico de la época. Un panorama ciertamente sombrío, tanto por el escaso número e importancia de las obras filosóficas conocidas como por la endeble entidad de los problemas tratados. En cuanto al primer punto, sólo eran conocidas por entonces en Occidente, una parte del timeo de Platón y el órgano y ni siquiera completo de Aristóteles.

Agogué de Porfirio, algunos escritos de Cicerón, Séneca y Lucrecio, y las escasas obras de Casiodoro y Boecio completaban la raquítica biblioteca filosófica de autores grecoromanos, a los que hay que añadir, naturalmente, como obras de cabecera, las de los santos padres y en especial las de San Agustín. Por lo que respecta a los problemas filosóficos planteados, podemos decir que San Anselmo encuentra ya debilitada la famosa cuestión de las relaciones entre la fe y la razón que había enfrentado acaloradamente a los dialécticos y antidialécticos y que en los últimos años de su vida se está fraguando la nueva y no menos apasionada cuestión de los universales. Pero no se debe concluir de aquí que su vida transcurriera en una etapa de calma entre dos épocas de tormenta. Las circunstancias históricas y personales, fue prior y arzobispo, le obligaron a intervenir de lleno en otra polémica no menos importante.

conada, la famosa disputa de las investiduras que había empezado ya a enfrentar a emperadores y papas. La principal fuente de inspiración de San Anselmo hay que buscarla por lo tanto en la obra de San Agustín que había meditado larga y profundamente y en la que llegará a confesar que está dicho todo. Y la época más fecunda para la elaboración de sus propias doctrinas hay que situarla en los años en que enseñaba en la abadía de Beck antes de ocupar cargos importantes. Fueron precisamente los monjes de Beck quienes le pidieron que escribiera sobre la existencia y la esencia de Dios sin apoyarse en las sagradas escrituras. No es que San Anselmo deslindara con nitidez los límites de la fe y de la razón pero se negaba a subsumir cualquiera de ellas en la otra como habían hecho sus inmediatos predecesores. Ambas son según él fuentes válidas de conocimiento. Contra los dialécticos defenderá la absoluta necesidad

de instalarse en la seguridad de la fe y la imposibilidad de someter la Sagrada Escritura a la dialéctica, como pretendían su homónimo Anselmo de Besate o Berengario de Tours. La fe es el inevitable punto de partida para cualquier investigación y la única garantía de su verdad. Pero una vez instalados en la fe, no hay ningún inconveniente en aspirar a comprender racionalmente su contenido. Por eso reprocha también a los antidialécticos el que desprecien sistemáticamente el valor de la razón. Sin la fe es imposible alcanzar la

verdad, pero sería negligencia imperdonable el renunciar de antemano a cualquier explicación racional de lo que se cree. De hecho, San Anselmo tiene una confianza ilimitada en la razón. Parece como si siempre se pudiera llegar a comprender, si no lo que se cree, al menos la necesidad de creerlo. Y ni siquiera retrocede ante la dificultad de explicar los misterios de la fe.

de la Trinidad y la Encarnación, tarea que el propio Santo Tomás, dos siglos más tarde, declarará contradictoria e imposible. Considera no sólo posible y conveniente, sino incluso necesaria, la demostración racional de la existencia de Dios y dedica a esta empresa sus reflexiones más valiosas y profundas. En el monologion expone una serie de argumentos en la línea platónico-agustiniana, basados en la idea de la participación de lo finito en lo infinito, que tendrán gran repercusión en las cinco vías tomistas. Pero ninguno de ellos lograría en la historia posterior la prodigiosa fortuna que estaba reservada al célebre argumento del proslogion, que se conoce desde Kant como argumento ontológico, quizá con nombre no muy adecuado. El propio San Anselmo lo reformula en muchas ocasiones. Introduciendo siempre algunas variantes, hasta el punto de que

algún crítico ha dicho que no se trata de una sola sino de dos pruebas distintas. Tal como aparece en los cuatro primeros capítulos del proslogion podríamos sin embargo expresarlo en la forma clásica de un silogismo cuya premisa mayor es la definición de Dios como el ser más perfecto que puede pensarse. En la premisa menor se hace notar la contradicción de que no exista el ser así definido y por lo tanto se concluye la existencia real actual de dicho ser. Si el ser más perfecto que el cual no puede pensarse otro no existiera tampoco sería el más perfecto que podemos pensar pues cabría imaginarnos otro como él y que además existiera realmente lo cual contradice la definición de la que se parte. Si los demás argumentos anselmianos se diferencian de los de San Agustín solamente por ser más sólidos, y de mayor rigor en su construcción dialéctica,

éste se distingue por su originalidad. Debería llamarse argumento asimultáneo, ya que pretende demostrar la existencia de Dios por el solo análisis de su esencia o de su definición. Si rastreamos los posibles presupuestos en que se inspira, encontramos en primer lugar que la fórmula que emplea para definir a Dios como aquel ser mayor que el cual no se puede pensar otro, no es original. Ya la había empleado casi literalmente Cicerón muchos siglos antes, y se encuentra también con alguna variante en San Agustín y Boecio. Pero los verdaderos pilares en que se apoya toda la fuerza de la argumentación parecen ser dos que a su vez se implican mutuamente, la concepción anselmiana de la verdad y la jerarquía de causas y efectos. Ambos pilares son, desde luego, de neto cuño platónico-agustiniano. En la filosofía de Platón, la verdad en sí es la causa de la verdad.

verdad del ser, que a su vez es la causa de la verdad de nuestro conocimiento. Pero en realidad, Platón es un filósofo pagano y por lo tanto no podía tener cabida en él ningún argumento como el de San Anselmo. Por eso el verdadero precedente del argumento hay que rastrearlo en la doctrina agustiniana de la iluminación. Es evidente la verdad de los hechos de conciencia, ya aún la universalidad y validez de las verdades matemáticas. Pero ni los sentidos ni el entendimiento, pueden proporcionarnos conocimientos perfectos y eternos, como la idea de Dios, por ejemplo. Los sentidos debido a su constante mutabilidad y el entendimiento por su necesaria limitación. Solo queda por lo tanto una explicación posible para tales conocimientos, que procedan del único ser que puede comunicarles estos

caracteres de perfección y eternidad, es decir, Dios. Con este razonamiento, San Agustín había resuelto dos problemas a la vez.

el del origen de las ideas y el de la demostración de la existencia de Dios. En este breve esbozo de la concepción agustiniana de la verdad aparece el segundo fundamento señalado anteriormente, la gradación jerárquica de causas y efectos en total interdependencia unos de otros. Las proposiciones expresan el pensamiento. Este es un reflejo de la realidad de las cosas, las cuales a su vez manifiestan, aunque imperfectamente, las ideas divinas. Según esto, Dios no solamente es lo primero en el orden del ser, cosa que admitirán incluso quienes rechazan el argumento, sino también lo primero en el orden del conocimiento. Por esta razón, incluso el famoso y anónimo insensato al que se dirige hipotéticamente San Anselmo no tiene más remedio que la verdad. No tiene más remedio que admitir la existencia de ese ser perfecto desde el momento que admite entender la definición que de él se le propone.

contrario sería incurrir en una manifiesta contradicción, es decir, equivaldría a admitir que el ser más perfecto no es el ser más perfecto. Pero lo importante es caer en la cuenta de que toda la fuerza de la argumentación está basada en unos supuestos muy concretos, la concepción anselmiana del ser y de la verdad. Ello explica que hasta el siglo XIII y con la conocida excepción de Gaunilón nadie puso reparos al argumento. En esta época la influencia de Platón a través de San Agustín y Avicena respaldaba por completo su valor probatorio y sólo cuando se impusieron otros paradigmas metafísicos como el aristotélico o el nominalista surgieron las primeras dificultades serias. Por eso cabe decir con ferra térmora que la aceptación o rechazo del argumento depende de la ontología que cada filósofo tiene como base de su pensamiento. Porque es precisamente el sistema filosófico desde el que se formula el que le da la

su fuerza e incluso su sentido. La objeción de Gaunilón de que hay un paso injustificado de la esencia a la existencia y de que se podía aplicar el mismo razonamiento para demostrar, por ejemplo, la existencia real de una isla que yo pienso supuestamente como perfecta, es contestada, como se sabe, por el propio San Anselmo. No se trata de un paso de cualquier esencia a la existencia, sino sólo de la esencia del ser perfecto e infinito, pues en él y sólo en él, la existencia está implicada en su esencia. Entre la perfección de cualquier ser finito y la del ser infinito hay una diferencia fundamental. La del primero es una perfección limitada a su género, mientras que en el segundo caso se trata de la perfección infinita misma. En el siglo XIII, Santo Tomás, consecuente con su doctrina de la analogía y de la abstracción, es decir, desde unos supuestos distintos, aunque no radicalmente, de los de San Anselmo, critica el argumento como un argumento de la religión.

prueba simultáneo. Admite el punto de partida, la definición de Dios como ser infinitamente perfecto e incluso admite que esta definición incluye la existencia real de Dios, pero niega que nuestro entendimiento pueda captar esta implicación directamente. Dicho con más propiedad, para Tomás de Aquino la proposición Dios existe es evidente en sí misma, pero no con relación a nosotros. Con otras palabras, la objeción tomista se reduce a lo siguiente. Efectivamente, en la esencia o definición esencial de Dios está incluida su existencia, pero esto no podemos captarlo nosotros inmediatamente como pretende San Anselmo, sino sólo a posteriori por el razonamiento que se establece en cada una de las cinco vías. Más radical

es la crítica que lleva a cabo contra el argumento Guillermo de Ocan en el siglo XIV, porque también su concepción metafísica es mucho más radical.

San Anselmo considera que las ideas o esencias, o universales, están primariamente en la mente divina, por lo que concluye que se puede conocer directamente la existencia de Dios. Santo Tomás piensa que estas esencias constituyen la estructura inteligible de lo real y que el alma puede aprenderlas por medio de la abstracción, y concluye que la existencia de Dios sólo es conocible por un razonamiento a posteriori. Pero Ockham prescinde totalmente de tales ideas o esencias, con lo cual no sólo pierde todo valor el argumento ontológico, sino también las cinco vías tomistas y cualquier otra argumentación que pretenda llegar a Dios racionalmente. El problema de la existencia de Dios queda sencillamente fuera del campo de la filosofía. No es un problema filosófico, sino teológico. De hecho sabemos que Dios existe, dirá Ockham, pero solamente por la revelación que él nos ha hecho de sí mismo, no porque nos ha hecho de sí mismo, sino porque nos ha hecho de sí mismo. Y que podamos demostrar mediante la razón su existencia.

A la vista de las críticas de Santo Tomás y Ockham cabría pensar que la suerte del argumento de San Anselmo estaba echada y que no tendría en adelante otro interés que el histórico siempre circunscrito a la filosofía medieval. Nada más lejos de la verdad que tal suposición. En los albores de la filosofía moderna Descartes sitúa la prueba anselmiana en el centro mismo de su sistema. Con algunas variantes y a veces distintas fundamentaciones la defenderán no sólo él sino también Leibniz, Malebranche e incluso Hegel. Por distintas razones rechazarán el argumento los empiristas y Kant. En realidad las discusiones en torno al tema han llegado hasta nuestra época y se puede considerar aún como una cuestión abierta. El hecho de que los más grandes filósofos se hayan ocupado tan extensamente de él puede dar idea de la profundidad. De la intuición anselmiana. El argumento ontológico es un tema obligado.

de toda meditación acerca del ser. No es extraño que la posición que se tome ante él sea decisiva para la intelección del sentido de una filosofía.